



Este capítulo forma parte del libro:

***Trayectorias universitarias (1973–2023)  
Experiencias docentes y administrativas  
en la Universidad Autónoma de  
Aguascalientes***

**Marcela López Arellano  
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

**Número de edición:** Primera edición electrónica

**Editorial(es):**

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

**País:** México

**Año:** 2025

**Páginas:** 244 pp.

**Formato:** PDF

**ISBN:** 978-607-2638-49-5

**DOI:**

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-49-5>

**Licencia CC:**



**Disponible en:**

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

# MIS ANDANZAS EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES POR MÁS DE TRES DÉCADAS

*Luciano Ramírez Hurtado*

No pretendo hacer autobiografía, pues carezco de las herramientas teórico-metodológicas. El propósito de este texto es, simplemente, en este año en que la Universidad Autónoma de Aguascalientes cumple 50 años, dar cuenta de mi paso en ella como profesor e investigador, específicamente en el Departamento de Historia del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, con sus claroscuros, dado que el camino no ha sido fácil. Responde a preguntas sencillas: ¿cuándo y por qué llegué?, ¿a cuáles problemas me enfrenté y cómo fue la manera en que se fueron solucionando?, ¿qué he hecho a lo largo de más de tres décadas?, ¿qué significa para mí trabajar en ella? También fue mi interés contar logros y satisfacciones personales, platicar dos o tres anécdotas curiosas, externar algunas preocupaciones para el futuro inmediato de la institución de adscripción a la que debo prácticamente mi carrera académica y que tantas satisfacciones me ha dado.

Debo decir que desde la secundaria me llamaban la atención las ciencias sociales, pero fue en la preparatoria que tuve buenos maestros de antropología e historia y me decanté por esta última. Una vez que concluí mis estudios formales en la licenciatura en Historia, generación 1984-1988, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, me mudé con mi familia (padres y hermanos solteros) a la ciudad de Aguascalientes. Por azares del destino, tuve como compañero en algunas materias en la UNAM a José de Jesús Medellín M., quien era abogado (falleció hace unos años) y ya mayor decidió estudiar Historia. Un día, de buenas a primeras, me dijo si estaba interesado en realizar mi servicio social con pago de por medio; le dije que desde luego que sí, me dio una tarjeta y me presenté en un edificio gubernamental por el rumbo de la glorieta del metro Insurgentes, pero a los dos meses sobrevino el terremoto de 1985, las instalaciones quedaron seriamente dañadas y el servicio social quedó inconcluso.

Posteriormente, a principios de 1988, el licenciado Medellín se enteró que me mudaba a Aguascalientes y amablemente me recomendó que hablara con dos personas: con el doctor Jesús Gómez Serrano, entonces director del recientemente fundado Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes (AHEA), ubicado en la bella casona de Juan de Montoro número 215, en el centro de la ciudad; y con el rector de la entonces joven Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA), el ingeniero Gonzalo González, quien me recibió en su oficina para de inmediato canalizarme con el decano del Centro de Artes y Humanidades, licenciado Felipe Martínez Rizo, con quien crucé algunas palabras y manifesté mi deseo de dar clases en la institución.

El licenciado Felipe me sugirió que hablara con la jefa del Departamento de Sociología y Antropología; recuerdo haber pasado a saludar y cruzar unas palabras con Enrique Rodríguez Varela, Carlos Reyes Sahagún y Andrés Reyes Rodríguez, profesores de dicho departamento. Comenté con Enrique que estudiaba la trayectoria de David G. Berlanga, un profesor normalista originario de Coahuila que se incorporó a la Revolución, que había terminado

sus días como delegado en la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes y había sido ejecutado por órdenes de Francisco Villa. Por mi parte, había dado con un interesante grupo documental en el Archivo General de la Nación, pero Enrique fue generoso, me facilitó materiales y me dio consejos de dónde podía encontrar más información.

Tardé unos meses en arribar, pues en la Ciudad de México terminaba compromisos de cursar las últimas materias de mi carrera, además de que quería cerrar satisfactoriamente varios cursos de Historia de México e Historia Universal que yo impartía en el Plantel Número 3 “Justo Sierra,” de la Escuela Nacional Preparatoria. La verdad, me dolió dejar la prepa, pues me había costado llegar hasta allí –había pasado por una serie de filtros y pruebas en las que quedamos unos cuantos al final del proceso como profesores interinos, por horas–, prefiguraba un futuro prometedor y me sentía a gusto. Cuando fui a entregar mi renuncia, el secretario general me dijo: “no renuncie; quédese, la UNAM no descobia a sus hijos, ya verá que pronto se abren plazas de tiempo completo”. Eran tiempos de apertura, la institución necesitaba “sangre nueva” y varios de mis compañeros obtuvieron definitividad no mucho tiempo después. Pero mis padres y hermanos ya estaban en Aguascalientes y tenían mi palabra de que los alcanzaría; y eso hice.

En aquella época, Aguascalientes cambiaba de manera vertiginosa. La configuración urbana de la ciudad se transformaba al surgir nuevos fraccionamientos, con la apertura de calles, avenidas, los primeros pasos a desnivel, centros comerciales; se instalaban en los parques industriales nuevas industrias y empresas nacionales y transnacionales; había empleos, llegaron muchos trabajadores de entidades circunvecinas y no tan cercanas; la población creció de manera exponencial. Aguascalientes lucía pujante, progresista, con visos de modernidad.

Mi primer empleo fue en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes (AHEA), primero como catalogador del Fondo Judicial Penal y más tarde como bibliotecario; tenía un sueldo bastante bajo, pero en año y medio aprendí bastante. El contacto con los fondos documentales, conocer la organización del archivo y saber de

los libros y periódicos existentes en él me pusieron en contacto con la historia regional. Recuerdo que los viernes, Jesús Gómez convocaba a reunión a todo el personal para que le rindiéramos cuentas de lo que cada quien había hecho; en una ocasión, una secretaria de nombre Rosalba anunció que había sido objeto de robo y resulta que mi escritorio estaba justo frente al suyo, de modo que me quedé inquieto, pues alguno pudo pensar que había sido yo, pero Jesús me tranquilizó al decirme que de cuando en cuando a la secretaria le apetecía hacer ese tipo de declaraciones infundadas. Percibí cierta atmósfera “antichilanga” y un compañero –Luis Gerardo Cortez–, entre broma y en serio, decía: “haz patria, mata un chilango”, de pésimo gusto. Poco más tarde quedó de director el ingeniero Felipe Reyes Romo, quien luego de insistir en la Secretaría de Gobierno, consiguió que me quedara yo con plaza de archivista; tuve que renunciar cuando me fui a trabajar a la UAA y Felipe me tildó de “desagradecido,” aunque le expliqué amablemente y con argumentos que yo había estudiado para ser historiador, no archivista.

Mi ingreso a la UAA no fue fácil. En 1988 se creó la carrera de la licenciatura en Historia, pero estaba bajo el cobijo del Departamento de Sociología y Antropología. La jefa de dicho departamento, la doctora Consuelo Meza Márquez, me ofreció primero un curso de “Manejo de Archivos y Fuentes Documentales”, pero luego me llamó por teléfono para cancelar, pues decidió que lo impartiría el doctor Víctor Manuel González Esparza, recién egresado de la Universidad de Tulane. A los pocos días, ya iniciado el semestre, me citó en su oficina para ofrecerme el curso “Hombre, Sociedad y Propiedad”, a impartirse en la carrera de licenciatura en Derecho; y casi de inmediato me ofreció otro más, titulado “Hombre, Sociedad y Delito” ¡al mismo grupo!; le dije que me parecía antipedagógico y me contestó que no importaba. Esas materias me representaban horas y horas de estudio, pues de historia tenían poco y nada, sobre todo la segunda. Entonces vivía en el sur de la ciudad, llegar a la UAA era una travesía, gastaba en gasolina casi lo mismo que ganaba como profesor de asignatura. De ese grupo de Derecho conservo, de la mayoría de ellos, gratos recuerdos; me invitaron a jugar fútbol soccer

en su equipo y más de un partido terminó en bronca campal en los campos de terracería a las afueras de la ciudad.

Por ese entonces se creó el Departamento de Historia y el doctor Andrés Reyes Rodríguez, su primer coordinador, fue al AHEA y directamente me dijo que hacían falta historiadores; me invitó a que me incorporara a la planta docente, con un interinato de medio tiempo; me dijo que pronto se abrirían plazas a concurso, me hizo notar que mi proyección profesional estaba en la UAA, que ahí tendría futuro académico, pues había posibilidad de tomar cursos, capacitaciones, impartir cátedra, salir a congresos, hacer investigación histórica. No tardé nada en responder que sí. Fue entonces cuando renuncié, con sonrojo, al AHEA. Obviamente me convenía mucho más trabajar en la ya prestigiosa máxima casa de estudios. El 27 de septiembre de 1990 fui a la UNAM a mi examen profesional y a defender mi tesina de licenciatura en Historia que lleva por título “Diccionario biográfico e histórico de la Revolución Mexicana en el estado de Aguascalientes (1880-1920)”, bajo la dirección de la doctora Gloria Villegas Moreno; estuvieron en el examen, además, el doctor Álvaro Matute Aguirre y la doctora Evelia Trejo, todos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Por la exitosa defensa y calidad de la investigación, me otorgaron mención honorífica.

Mis compañeros de cubículo fueron cambiando, un tiempo fue Víctor González, pero solicitó un permiso –cosa que sucedía con frecuencia, pues fue invitado a trabajar en distintas instancias gubernamentales, como el Museo Regional de Historia, director del Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), director general del Instituto Cultural de Aguascalientes (ICA), director del Centro Nacional de las Artes (CENART)–; y luego fue la maestra Laura Elena Dávila Díaz de León, egresada de la licenciatura en Sociología y de la Maestría en Historia en El Colegio de Michoacán, aunque nunca se tituló de esta última institución, con quien al principio me llevaba bien, pero luego cambió su ánimo respecto a mi persona, sobre todo cuando llegó a la jefatura.

En efecto, se abrió a concurso una plaza que Andrés Reyes y el decano, doctor Genaro Zalpa Ramírez, decidieron dividir en

dos medios tiempos. Para la media plaza que concursé, en el área académica de Historia Universal, se anotó el maestro Helio de Jesús Velazco Rodríguez, mejor conocido como “La Pantera”, pero desistió, pues su carga académica principal estaba en el plantel local de la Universidad Pedagógica Nacional; también se inscribió un profesor normalista, de muy buen nivel en cuestiones pedagógicas, que aguantó hasta el final; las pruebas fueron arduas y laboriosas, como lo son siempre, pues nos pidieron hacer un programa –de una materia relativa a la historia antigua de Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma y Edad Media–, preparar e impartir una clase y entregar por escrito un ensayo. Afortunadamente gané el concurso, me llegó un telegrama a mi casa con la feliz noticia en la que se indicaba era acreedor a la plaza de medio tiempo en el Departamento de Historia. Era julio de 1990.



El doctor Luciano Ramírez Hurtado presenta al doctor Aurelio de los Reyes en su conferencia en el Auditorio “Dr. Pedro de Alba” en la UAA. Fototeca UAA.

Por el sistema departamental, me tocó impartir varios cursos al grupo de la primera generación de historiadores, entre ellos, destacaba Gabriela Román Jácquez, una chica de Torreón, Coahuila, que hizo una tesis sobre el Instituto Científico y Literario de Toluca, pero se regresó a su tierra; Daniel García Puente, joven talentoso, estudioso del protestantismo –él mismo es protestante–

en Aguascalientes, trabaja para el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI); Claudia Georgina Chávez Cabral, se tituló por promedio, también labora en el INEGI; Consuelo Medina de la Torre, hizo una tesis sobre los esclavos negros en la Colonia, es profesora en el Bachillerato de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (BACHUAA); Adrián Sánchez Rodríguez, estudioso de la tauromaquia, tardó varios años en concluir su tesis, es profesor a nivel secundaria y prepa, divulgador de la historia y comentarista de la fiesta brava en programas de radio y televisión; otro chico, Martín Oliva Marfileño, tardó en titularse, hoy día trabaja en la Biblioteca Central Centenario Bicentenario del Instituto Cultural de Aguascalientes –en las instalaciones de lo que en su tiempo fuera la Casa de Fuerza, dentro del Complejo Tres Centurias–.

Entre los años 1990 y 1992, Andrés Reyes Rodríguez fue el jefe del Departamento de Historia. En una ocasión, me mandó a que diera un recado a los grupos de la carrera; en uno de ellos impartía la materia de “Etimologías grecolatinas” el médico y poeta Desiderio Macías Silva, y aunque toqué de manera educada y comedida, se molestó conmigo por haberle interrumpido, me permitió entrar al salón de clase, pero me advirtió que nunca más lo volviera a hacer, pues no le gustaba ser importunado. Había necesidad de dar varias materias de historia del arte, por lo que Andrés nos preguntó a los pocos profesores numerarios quién podría; nadie alzó la mano, sólo yo que le dije había tomado solamente cuatro cursos en la Facultad de Filosofía y Letras (“Introducción a la Historia del Arte”, no recuerdo el nombre de la profesora; “Arte del Renacimiento” I y II con la doctora Juana Gutiérrez Haces; y “Pintura Colonial” con el doctor Rogelio Ruiz Gomar; además de unos seminarios sobre “Historia del Cine” con el doctor Aurelio de los Reyes), por lo que me indicó que seleccionara alrededor de cien imágenes para hacerlas diapositivas o láminas a proyectar en clases; Andrés me dijo: “Pues tú eres el que más le sabe a esas materias, así que te toca darlas”.

Una sana costumbre era que el decano convocaba los martes por la mañana a una pequeña sala del edificio 6 a tomar café; acudíamos los profesores que podíamos y queríamos pasar un rato de



amena charla con los colegas y autoridades, en un ambiente por demás democrático. Algunos viernes nos íbamos a comer a algún restaurante, cada quien pagaba su comida y su bebida; había armonía y compañerismo. Terminó la decanatura de Genaro Zalpa y se perdió dicha costumbre y también la armonía.

Otros gratos recuerdos fueron los derivados de jugar fútbol de salón entre semana en el Auditorio Morelos. La Asociación de Catedráticos e Investigadores de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (ACIUAA) organizaba torneos; profesores, investigadores y trabajadores inscribían sus equipos. En nuestro centro académico (que entonces se llamaba de Artes y Humanidades), el entrenador era el muy popular y carismático Francisco Javier Gallegos Gallegos, mejor conocido como “Menotti,” quien averiguaba lo necesario con los jefes de departamento para incorporar a su escuadra a los mejores jugadores. Llegaron a haber dos y hasta tres equipos (a uno le pusieron el sobrenombre de “Folklórico”, por lo variopinto de sus integrantes; otro era la “Legión Extranjera”, pues había un estadounidense y un rumano) sólo de nuestro centro, y se obtuvieron no pocos trofeos por resultar campeones al final de los torneos.

Yo figuré en todos esos equipos, era empeñoso, pero no muy técnico, pues de noche disminuía enormemente mi capacidad visual, debido a mi astigmatismo e hipermetropía. Los enfrentamientos contra los equipos del Centro Básico (“Los Rojos”, por el color de su uniforme), Enseñanza Media (que casi siempre ganaban, sobre todo el trofeo de campeón goleador, y es que la mayoría de ellos eran profesores de deportes) y Mantenimiento (“La NASA”), eran de alarido, emocionantes y con frecuencia ríspidos, a veces a punto de armarse la bronca. Lamentablemente, “Menotti” enfermó de diabetes, se jubiló, se quedó casi ciego y años después falleció. Nadie más se interesó en organizar equipos.



El doctor Luciano Ramírez Hurtado en una presentación de libro en el Auditorio “Ramón López Velarde,” en el Edificio “19 de Junio” de la UAA. Fototeca UAA.

Yo sabía que para hacer carrera académica y aspirar a una plaza de tiempo completo debía seguir estudiando. No quise regresar a la Ciudad de México. Ya me había acostumbrado a la vida más tranquila de provincia, sin tanto ajetreo y sin tanto tráfico, pues desplazarse de un punto a otro en las grandes metrópolis es un verdadero suplicio, además de pérdida de tiempo. Puse la mirada en la Maestría en Historia, en el Colegio de Michoacán, A. C., en Zamora, ya que el programa educativo de posgrado se encontraba en el Padrón de Excelencia del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Se lo planteé a Andrés y le dije si habría posibilidad de pedir permiso por dos años para irme a estudiar a aquella ciudad, para la generación 1991-1993; me respondió que sí, que lo intentara y, en dado caso, él me apoyaría; así lo hice, fui a presentar proyecto, a entrevistas y pruebas, y fui aceptado. Entonces Andrés me dijo que siempre no, que no me podía ir, pues hacía falta en el departamento, que en la siguiente promoción con mucho gusto. Me tuve que quedar y esperar mejores tiempos. En 1993 volví a intentarlo, pasé todas las pruebas y trámites y de nuevo me aceptaron. Para entonces, la jefa de Departamento de Historia era Laura Dávila Díaz de León, y con el visto bueno del decano (creo era Genaro Zalpa) y el director

general de Docencia de Pregrado, el doctor Luis Manuel Macías, me concedieron permiso con goce de sueldo por dos años.

La experiencia colmichiana fue dura, pero muy formativa. El plan de estudios era muy pesado y el ritmo de trabajo trepidante; en dos años leí lo que nunca antes en cuestiones de historiografía y metodología, además de investigar sobre mi tema de tesis relacionada con la trayectoria ideológico-política de un profesor revolucionario, teniendo que realizar trabajo de archivo en ciudades como Saltillo, Monterrey, San Luis Potosí, Aguascalientes y México. Tuve grandes maestros, cuyas clases eran sumamente estimulantes, como Heriberto Moreno García, Luis González y González, Guillermo Palacios, Luis Ramos, Jaime del Arenal Fenochio, Nelly Sigaut Valenzuela y José Antonio Serrano Ortega; aunque también recibí enseñanzas de Francisco Javier Meyer Cosío, Rafael Garcíadiego y Verónica Oikión Solano. De todos y cada uno aprendí algo. Haber estado en esa institución, y finalmente titularte, te forja el carácter.

Al principio me dio el “zamorazo”, no me habituaba a vivir en una ciudad pequeña y aburrida, en la que había un solo cine que proyectaba películas que ya había visto; en dos años me cambié de casa en dos ocasiones, pues no es sencillo conciliar gustos, manías y hábitos con otros estudiantes; al principio, un grupo de compañeros nos íbamos a tomar café por las tardes, pero pronto se acabó esa práctica; la que duró todo el tiempo fue reunirnos en casa de uno u otro, para organizar bailes y beber alcohol. La mayor parte del tiempo se dedicaba a estudiar. Mi generación tuvo mala suerte en el sentido de que había obras en el colegio, no teníamos cafetería y a la biblioteca había que ir a una bodega que fungía como tal y quedaba retirada de la institución.

Salvo raras excepciones, los profesores e investigadores del Centro de Estudios Históricos nos trataban con dureza, a veces con hostilidad y yo diría que hasta con cierta crueldad; parecía que gozaban viéndonos sufrir. Nos exigían muchísimo y no había mucho margen de error; quien flojeaba un poco e incumplía era “invitado a irse”, o bien, despedido sin miramientos. Así le pasó al menos a tres de mis compañeros (uno de Guadalajara, que entonces trabajaba en

el Archivo Histórico de Jalisco, no recuerdo su nombre; otro de Michoacán, Jorge Díaz Ceja, un indígena de Tingüindín; y una estadounidense de Minnesota, Mary Cunningham). Los profesores provocaban la competencia entre nosotros, no siempre sana; nos decían –recuerdo a una investigadora argentina– que la mayoría se perdería en la mediocridad, que nos enfrentaríamos a un mundo muy competido, que llegarían incluso extranjeros, y que pocos desatarían en el terreno de la profesión de historiadores de alto nivel.

Tuve compañeros de generación entrañables: Juan Carlos Ruiz Guadalajara, brillante historiador que luego se fue a trabajar al Colegio de San Luis, A. C., lamentablemente enfermó de esclerosis lateral amiotrófica y está grave; Alfredo López Ferreira, quien se incorporó al Departamento de Historia de la Universidad Autónoma de Aguascalientes y es el actual secretario de Investigación y Posgrado del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades; Luz María Pérez Castellanos, destacada académica e investigadora de la Universidad de Guadalajara; Alfredo Barragán Cabral, también labora en la UdeG; Marco Antonio Flores Zavala, estudioso de la masonería, labora en la Universidad Autónoma de Zacatecas; Ángel Román Gutiérrez, también en la UAZ, más interesado en la política y la carrera administrativa que en la académica; Ixchell Delgado, quien, luego de graduada, se metió a vendedora de libros; Pedro Carreras López, español, muy inteligente, pero inconstante, se regresó a su país sin haber concluido el posgrado; Alma Fuentes, tampoco se graduó, trabajaba para diversas ONG en Michoacán.



El doctor Luciano Ramírez Hurtado departiendo con colegas docentes en una comida del Día del Maestro ofrecida por la UAA. Fototeca UAA.

Concluidos mis estudios de maestría, me reincorporé a la Universidad Autónoma de Aguascalientes en el segundo semestre de 1995. Hubo cambio de autoridades, elecciones, designaciones y quedé como jefe del Departamento de Historia. Fue una experiencia aleccionadora, pues el trabajo administrativo y de coordinación me permitió entender desde dentro el funcionamiento de la institución. En el trienio 1995-1997, era el rector Felipe Martínez Rizo, quien trabajaba por cuatro, y con él se hizo un diagnóstico, una proyección institucional a corto y mediano plazo, con su correspondiente plan de desarrollo. El decano del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades era el no menos trabajador y organizado Bonifacio Barba Casillas.

Con Bonifacio tuve un par de diferencias. La primera, a principios de 1997, luego de haberme ganado una “plaza” Intercampus –en realidad, una especie de beca que otorgaba la Agencia Española de Cooperación con Iberoamérica–, que consistía en pasar unas semanas (del 10 de febrero al 23 de marzo) en la Universidad de Alcalá de Henares, apoyando como auxiliar de un profesor en la materia de “Introducción a la Iconología”. Me hacía anhelo ir a España a vivir esa experiencia académica. El decano no quería dejarme ir, pero al contar con la autorización del rector, desde luego que fui; a mi regreso,

encontré cierta hostilidad, incluso me preguntó una vez: “¿has pensado en renunciar a la jefatura?”, a lo que respondí que más de una vez, pero que no lo haría, pues tenía una responsabilidad y una función que desempeñar, además de que mi nombramiento no dependía del decanato. La segunda fue cuando se abrió la posibilidad de sacar y otorgar plazas, yo tenía medio tiempo y legítimamente aspiraba al tiempo completo; Bonifacio se presentó en la jefatura y con frialdad me enunció a finales de 1997 que no había nada para mí. Me sentí frustrado, pues en esa administración habíamos trabajado muchísimo; es como si ayudarás a construir un poderoso y hermoso ferrocarril, se pusiera en marcha y tú no te pudieras subir a él.

El otorgamiento de la beca Intercampus se dio de una manera curiosa, a la vez que sencilla. Resulta que había ido a un trámite a la Dirección General de Asuntos Académicos o a la Dirección General de Investigación, no recuerdo bien, y de casualidad platiqué con Fernando Ramos Gourcy, encargado de los intercambios, y me dijo que estaba por cerrar la convocatoria ese día a las tres de la tarde; eran como las nueve, me di cuenta que cubría los requisitos y en el transcurso de la jornada pensé, diseñé y estructuré un plan de trabajo, mismo que entregué a la oficina correspondiente; semanas después me enteré que de las más de mil solicitudes, pocas eran las seleccionadas y mi propuesta afortunadamente fue aceptada en el Departamento de Historia II de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Universidad de Alcalá de Henares. Estaba feliz, al mismo tiempo que preocupado, pues quería hacer buen papel y poner en alto el nombre de la UAA, así que puse manos a la obra, a prepararme y recabar materiales; fui a la biblioteca y librería del Instituto de Investigaciones Estéticas, mandé hacer cientos y cientos de diapositivas, ya que mi plan de trabajo y propuesta descansaban en la imagen. La UAA compró el boleto de avión (para ello, varios profesores y alumnos de la institución que iríamos a distintos destinos en la península ibérica firmamos cartas y las llevamos a instancias gubernamentales de Aguascalientes para pedir apoyo); la Universidad de Alcalá de Henares, por su parte, me hospedó en una de sus residencias universitarias, a las afueras de la ciudad, una casa muy cómoda en que

estábamos un agrimensor argentino, un investigador peruano de robótica y yo. A los alumnos los mandaban a otra residencia, donde había un poco más de hacinamiento. Incluso nos apoyaron con un poco de dinero para manutención, cuando la moneda española eran las pesetas.

Desde el primer día me presenté ante la doctora Rosa López Torrijos, titular de la materia “Introducción a la Iconología”, a quien apoyaría e impartía clase a los alumnos de la licenciatura en Historia y Humanidades del 2° y 3° ciclo, pero al parecer no había leído mi propuesta de trabajo, me dijo que podía marcharme a descansar y recuperarme del viaje, me despachó de su cubículo y mencionó que ella se comunicaría conmigo por teléfono a la residencia. Pasó más de una semana y nada, ni una noticia, y yo ya estaba algo inquieto, sin apartarme del aparato telefónico; me la pasaba estudiando para el momento de entrar en acción. Seguía a la espera, hasta que decidí ir a verla de nuevo; me dijo que no había prisa; le pedí me dejara entrar a una de sus clases para ver la dinámica, pero no estaba muy convencida, pues se limitaba a decir que el grupo era muy apático; insistí en entrar a su clase y casi a regañadientes aceptó; así lo hice y advertí que dar clases en una universidad española no estaba tan complicado.

Finalmente acordamos cuándo empezaría, llegó la fecha y creo que hice un buen trabajo al explicar el arte tequitqui o indocristiano en los conjuntos conventuales novohispanos del siglo XVI; muy apenas me permitió dar una segunda clase y luego me indicó que era todo, que podía hacer lo que me diera en gana; le dije que llevaba mucho material para cada día, que podía organizar un seminario o algo y tajantemente me dijo que no. Le pedí una constancia o certificado de mi estancia, me dijo que para qué; insistí, me dijo que yo redactara la carta y la firmó. La verdad, bastante desatenta y desdeñosa, no me dejó un grato sabor de boca; al despedirme, me pedía un libro sobre el convento de Tlalmanalco de Gustavo Curiel, pero no quise dejárselo porque es difícil de conseguir y considero, honestamente, no se lo merecía. Mi amigo Pedro Carreras, quien vive en Madrid y que le mostré mi plan de trabajo y materiales, me advirtió

que seguramente se sintió celosa desde el punto de vista académico. En fin, de cualquier manera, aprendí de esa experiencia.

Liberado de mi compromiso académico, nos dedicamos –María Eugenia, mi esposa, me alcanzó en las vacaciones de primavera– a viajar, así que conocimos Madrid, Toledo, Salamanca, Pedraza, Segovia y otras poblaciones cercanas. Luego fuimos al sur, a Andalucía: Córdoba, Sevilla, Granada. Enseguida contratamos un tour a Italia: Roma, Florencia, Pisa, Siena, Venecia. Finalmente volamos a París, Francia, y regresamos a casa. Vi muchos sitios de interés, sobre todo museos. Mis clases de Historia del Arte y lecturas sobre iconografía e iconología me dieron herramientas valiosas para apreciar el Viejo Mundo desde otros ángulos. Esas experiencias me permitieron, creo, ser mejor profesor en la UAA. En años subsiguientes he vuelto varias veces a Europa, por motivos de trabajo, yendo a presentar comunicaciones o ponencias, representando a la UAA en eventos académicos en ciudades como: Padua, Gandía, Valencia, Sevilla, Valladolid, Castellón, Islas Azores, Leyden, Bristol, Oporto, Lisboa. En ese orden de ideas, mi vida académica como investigador me ha llevado a otras universidades del Nuevo Mundo, en países como Cuba, Costa Rica, Argentina, Colombia y Perú. Años atrás se podía viajar sin tantos obstáculos administrativos, pero un día, las autoridades federales y estatales decidieron que ya no se podía hacer “turismo académico” y se pusieron insoportables. Considero sinceramente que viajar, conocer otras latitudes, recorrer ciudades, ver museos, deja múltiples enseñanzas a los historiadores, sin duda, y esas vivencias, experiencias y aprendizajes, de una y mil maneras, llegan a nuestros alumnos, máxime si das clases de historia del y apreciación del arte. Tristemente los contralores no lo entienden.

Por aquel entonces, en el año 1999, hice trámites para ingresar al Doctorado en Ciencias Sociales con salida en Historia, de reciente creación en la UAA y coordinado entonces por el doctor José Antonio Gutiérrez Gutiérrez; fui aceptado, a pesar de que no me había titulado de la maestría, como caso de excepción; aunque había entregado la tesis, cuyo estatus era su revisión final en curso y la cuestión de fijar fecha de examen, un día recibí la noticia que



estaba dado de baja del doctorado. Hice mi examen profesional de maestría el 31 de marzo del 2000 y defendí la tesis: “Un profesor revolucionario. La trayectoria política de David G. Berlanga (1886-1914)”, bajo la dirección del doctor Francisco Javier Meyer Cosío. El coordinador del doctorado no supo o no quiso explicarme, tampoco mostró flexibilidad el secretario general de la UAA (Ramiro Alemán). No obstante haber solicitado un recurso de apelación en el Departamento Jurídico de la institución, no hubo manera, estaba fuera. Al final, me di cuenta que era un asunto más político que académico. A la larga, me hicieron un favor.

De cualquier manera, yo deseaba estudiar el doctorado y apliqué para el Doctorado en Historia del Arte, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El doctor Aurelio de los Reyes me orientó, me ayudó a estructurar un anteproyecto de tesis y se comprometió a que, en caso de ser aceptado, me dirigiría. Así fue. Aurelio me exigió tomara varios cursos de regularización en la Facultad de Filosofía y Letras: Renacimiento Artístico Mexicano, con la doctora Alicia Azuela de la Cueva; Pintura Mexicana Contemporánea, con la doctora Margarita Martínez Lámbarry; y el Seminario de Tesis, con el propio Aurelio. Esas clases las tomaba los jueves de cada semana. Era complicado, pues de lunes a miércoles e incluso los viernes daba clases en la UAA, de modo que tomaba mi autobús el miércoles por la noche, amanecía en Ciudad de México el jueves, tomaba cursos todo ese día para regresarme por la noche y amanecer en Aguascalientes el viernes. Esto, con la complicidad del jefe de Departamento de Historia, Alfredo López Ferreira, quien no me ponía clases los días de mi obligada ausencia y me justificaba una que otra inasistencia.

Muy cansado, la verdad, ya llevaba dos años así, hasta que me decidí ir a hablar con el rector Antonio Ávila Storer, a quien le expuse mi situación, y me dijo: “desde mi punto de vista, la institución necesita un historiador del arte, pues no hay, de modo que te apoyo; pero no quiero tomar una decisión unilateral, velo con tu decano y lo que él decida, por mí está bien”. En cuanto me pudo recibir Alfredo Ortiz Garza, le dije que venía de hablar con el rector; para mi

sorpresa, me dijo más o menos lo siguiente: “algo supe que estabas estudiando; y así como apoyo a profesores de otros departamentos, también a ti: veré se te dé descarga académica completa y licencia con goce de sueldo”. De inmediato y antes de que se arrepintiera –ya había dado muestras antes de mala voluntad hacia mi persona– hice la solicitud, la firmó y llevé a instancias correspondientes. Ahora sí podría dedicarme de tiempo completo a mi tesis sobre la iconografía de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, lo cual me vino de maravilla, pues ahora podría hacer consultas a mayor profundidad en archivos, bibliotecas y hemerotecas en la capital del país y avanzar en la redacción con paso sostenido. Me titulé el 29 de marzo de 2007, con mención honorífica.

Fue hasta el año 2002 que tuve oportunidad de concursar por una plaza de tiempo completo del Programa del Mejoramiento del Profesorado (PROMEP) de la Secretaría de Educación Pública, mediante concurso abierto, en las áreas de Historia de México e Historia del Arte y la Cultura. Una vez más a someterse a pruebas estresantes y extenuantes, pero lo conseguí. A partir de entonces, ya con seguridad laboral, tuve acceso a una serie de derechos y prerrogativas que antes no, como el estímulo al desempeño docente, apoyos para adquirir equipo de cómputo y muebles, un cubículo para mí solo, reconocimiento a profesores con perfil deseable, participar en un cuerpo académico, ser miembro de dos núcleos académicos básicos en posgrado, posibilidad de dirigir tesis, ser responsable de proyecto de investigación, tener un pequeño presupuesto para viáticos y salir a congresos. También pude concentrarme en proyectos de investigación de más largo aliento y enfocarme en temas sobre análisis de imágenes histórico-artísticas.

Una cosa fue llevando a la otra: investigar, escribir ponencias, publicar artículos, capítulos de libros, libros completos; dirigir tesis que llegaran a buen puerto. Luego de varios años de productividad, en la convocatoria de 2005 solicité mi ingreso al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (hoy CONAHCYT): entré en el 2006 primero como Candidato, luego como Nivel 1 desde el 2009 hasta una década más tarde, y

como Nivel 2 de 2020 a la fecha. Este año de 2023 tengo evaluación y espero continuar. Ser miembro del SNI es una distinción, sin duda, pero el reconocimiento viene con un estímulo económico que mucho ayuda, además que la institución de adscripción tiene que darle horas en su carga académica para tareas investigativas y no nos saturan de horas clase en labores docentes y administrativas.

He tenido la fortuna de que mis tesis de grado se publiquen. La de licenciatura por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, como parte del *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana* en el estado de Aguascalientes, en el tomo I, en el año de 1990, con un tiraje de cinco mil ejemplares. La de maestría fue publicada en 2004 con el título de *Aguascalientes en la encrucijada de la Revolución Mexicana. David G. Berlanga y la Soberana Convención*, coedición entre la Universidad Autónoma de Aguascalientes, el gobierno del estado de Aguascalientes y el gobierno del estado de Coahuila, con prólogo de Gloria Villegas Moreno. La de doctorado con el título *Imágenes del olvido, 1914-1994. Discurso visual, manipulación y conmemoraciones de la Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, publicado por la UAA en 2010, con prólogo de Aurelio de los Reyes.

Decía que me había enfocado en tópicos relacionados con la historia del arte en Aguascalientes, producto de mis estudios doctorales. Me interesé en investigar sobre museos, pinturas murales, arquitectura y escultura. En 2010 fue publicada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes y el Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC): *Historia del Museo de la Insurgencia de Pabellón de Hidalgo y los murales de Alfredo Zermeno*, obra impresa acompañada de un video testimonial realizado por la empresa Códice Más. Cuatro años más tarde, la UAA publicó mi libro *Pinturas murales del Palacio de Gobierno de Aguascalientes. Imágenes y arquitectura del poder*, con prólogo de Julieta Ortiz Gaitán, también acompañado por un disco compacto que contiene tres videos documentales realizados por el Departamento de Video-producción Docente. En 2016, salió otro libro que coordiné junto con Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez, *Jesús F. Contreras. Pasión y*

*poder escultórico*, en coedición con el Instituto Cultural de Aguascalientes, la Universidad Autónoma de Aguascalientes y la Secretaría de Cultura.

Me interesa que el conocimiento histórico se divulgue, por ejemplo, a través de medios audiovisuales, que son más amables y comprensibles para un público amplio. Por ello, con base en guiones derivados de investigaciones de mi autoría y a propuesta también mía, entre el 2003 y el 2010, el extinto Departamento de Videoproducción Docente –donde realizadores como Gerardo de Ávila Amador, Héctor Hugo Castañeda Torres y Jorge Varela Ruiz hacían una labor extraordinaria desde el punto de vista técnico de edición e incluso locución, con escasos recursos– editó ocho vídeos: “La obra escultórica conmemorativa del 75 aniversario de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes. Crisis de credibilidad y construcción de legitimidad política” (2010); “Aguascalientes en la Historia, el polémico mural de Palacio de Gobierno” (2009); “El Palacio de Gobierno. Arquitectura del poder” (2008); “Museo de la Insurgencia, Pabellón de Hidalgo. Rescate del patrimonio histórico de Aguascalientes” (2008); “Mural de la Feria de San Marcos. Alegorías y retratos sociales de una época” (2007); “El Museo de la Revolución en el Teatro Morelos de la ciudad de Aguascalientes. Los murales de Eppens” (2006); “El Taller de Gráfica Popular, Alberto Beltrán y la Convención de Aguascalientes” (2004); “Muralismo y legitimidad política. Análisis iconográfico de una pintura mural en la Casa de la Juventud de Aguascalientes” (2003). Considero que son materiales didácticos valiosos, útiles en algunas materias relacionadas con la historia del arte y la historia regional. En su momento, esos vídeos fueron pasados por canales de televisión local y hoy día están alojados en el canal de YouTube del Archivo General e Histórico de la UAA –agradezco la amabilidad de la doctora Marcela López Arellano–, para quien desee verlos en cualquier momento.

Entre los años 2011 y 2016 me desempeñé como secretario de Investigación y Posgrado del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, cuando fungía como decano del mismo el doctor en

Educación Daniel Eudave Muñoz; el resto de su equipo: el licenciado en Investigación Educativa Sergio Armando Valdivia Flores y la maestra María del Carmen Santacruz López. Fue una experiencia increíble, ya que, además de encargarme de todo lo relacionado con los programas educativos de posgrado, que cada vez fueron más, había que comprobar su ingreso o que no se nos cayeran del Padrón Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC) del CONACYT. Debía estar al pendiente de los indicadores de investigación, apoyar a los investigadores que prometían, que estaban en vías de consolidación, así como consolidados, además de a los consejos académicos, núcleos académicos básicos y cuerpos académicos.

En aquellos años funcionaba el Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP), programa estratégico federal creado para lograr la superación sustancial de las instituciones de educación superior y había posibilidad de adquirir recursos federales, siempre y cuando se presentaran planes de trabajo bien armados, realistas y apegados a necesidades. De eso nos ocupábamos Daniel, Sergio, Mary Carmen y un servidor, pasábamos semanas enteras en laboriosas elucubraciones, cálculos, proyecciones, pensando en resultados esperables a corto y mediano plazo; los recursos económicos que se obtenían ascendían a varios millones de pesos, servían de mucho, pues con ellos apoyábamos viajes de estudio, estancias de investigación de profesores y alumnos e intercambios académicos. Podíamos traer profesores de otras universidades –dentro y fuera de México– a que vinieran a impartir cursos, talleres y seminarios, pagando incluso honorarios, inclusive publicaciones de libros y revistas. Lamentablemente, ese programa federal desapareció y dejaron de darse apoyos que antes había.

Considero que hicimos un papel bastante digno, posicionamos a nuestro centro: todas las licenciaturas en nivel 1 de los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES), organismo que da seguimiento a la calidad de los programas educativos de pregrado; todos los posgrados en el PNPC; un buen número de profesores en el SNI. Se pusieron de moda las evaluaciones y comités evaluadores; hoy día, prácticamente todo

es susceptible de ser evaluado por comités nacionales e internacionales, por ejemplo, varios de nuestros posgrados (el Doctorado en Estudios Socioculturales y la Maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas) pasaron por el escrutinio de pares académicos de la Asociación Universitaria Iberoamericana de Posgrado (AUIP), resultaron acreditados y fueron galardonados en Sevilla y en Canarias, respectivamente.

Otra actividad de la que me siento satisfecho es que casi todo el tiempo, entre el 2011 y el 2016, dirigí *Caleidoscopio. Revista semestral de Ciencias Sociales y Humanidades*. Durante mi gestión se publicaron aproximadamente doce números, pues la periodicidad es semestral. Para hacerlo funcional, buscábamos que una persona, o bien, varios integrantes de tal o cual departamento se encargaran de diseñar y publicar la convocatoria con un respectivo tema (educación, medios de comunicación, religión en América Latina, estudios de género, etcétera), revisar los trabajos, enviarlos a dictamen doble ciego, corregir los textos y hacerlos llegar al Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación. Yo era el enlace, estaba al pendiente de que todo fluyera, de que se liberaran los recursos necesarios y, una vez publicado el nuevo número, hacer una presentación ante la comunidad universitaria en distintos foros. Personalmente me ocupé de coordinar –conjuntamente con Alfredo López– el número 35, dedicado a prensa e historia, Revolución mexicana y el estudio postconstitucional de 1917 en México. Ahí me di cuenta que no es nada sencillo editar una revista arbitrada destinada a trabajos de investigación.

En la Universidad Autónoma de Aguascalientes he tenido oportunidad, a lo largo de más de tres décadas, además de dar clases en la licenciatura en Historia, de impartir distintas materias en otras carreras: Historia del Arte y la Cultura, en la licenciatura en Administración Turística; Problemas Sociales de México, en Trabajo Social; Historia y Apreciación del Arte, en Comunicación y Medios Masivos; Historia Social, en Sociología; Historia del Arte, en Letras Hispánicas; Iconografía e Iconología, en Ciencias del Arte y Gestión Cultural. También he tenido oportunidad de dar cátedra a

nivel posgrado en distintos programas educativos: en la Maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas (MISYH) y en el Doctorado en Estudios Socioculturales (DESC), en la Universidad Autónoma de Aguascalientes; así como en el Doctorado Interinstitucional en Arte y Cultura (DIAC), con el que colaboré un corto tiempo, en el cual participa la UAA, la Universidad de Guanajuato (UG), la Universidad de Guadalajara (UdeG) y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Tuve oportunidad de dirigir tesis de posgrado hasta el 2008. A la fecha, se han titulado seis estudiantes de maestría y cinco de doctorado. Tres más están en marcha. Por distintas razones, no siempre llegan a feliz puerto. Mis temas de interés son varios. Las líneas de investigación que he cultivado son la historia del arte, historia de la prensa e historia política de Aguascalientes y México en los siglos XIX y XX; aunque también he incursionado en tópicos de historia de la educación, historia de la fotografía, historia de la cultura impresa y bibliotecas e historia cultural, desde la perspectiva de los estudios regionales y la microhistoria.

Desde luego que han sucedido anécdotas interesantes a lo largo del tiempo. Resulta que cuando di mis primeros cursos en la carrera de Derecho, fue un verdadero sufrimiento para mí ese “bautizo de sangre”: tenía escasos 24 o 25 años de edad, algunos de mis alumnos eran mayores que yo, había gente muy inteligente que buscaba ponerme un cuatro y tirarme buscapíés. Alguno quiso entrar y salir del salón de clase cada vez que le pegaba la gana, a lo que me opuse, le advertí que no era correcto, que me distraía, y en tono arrogante espetó: “para eso pago mi colegiatura”; le respondí que de ninguna manera, que la clase merecía respeto y, si salía, ya no podría regresar; tuve que ponerme firme o de lo contrario me bailarían un jarabe. Desde luego, yo trataba de mostrar ganas y buena disposición ante la jefa de departamento y alumnado, así, logré salir adelante con muchos esfuerzos y terminé el semestre lo mejor que pude.

En otra ocasión, a principios de los noventa, un alumno de la carrera de Medios Masivos de Comunicación –Mauricio, luego se dedicó a reportero– me acusó con el jefe de Departamento de Historia de “no dominar” la materia de “Historia y Apreciación del

Arte”, pues en clase me preguntó que cuánto medían de alto y de diámetro las columnas del templo de Luxor, en el Egipto antiguo; le dije que no lo sabía y que tampoco era importante, pues, parafraseando a Ernst Gombrich, “las fechas y los nombres no son más que los alfileres de donde pende el lienzo de la historia del arte”. Me esmeraba en explicarle al estudiante que lo relevante son los procesos históricos y la intención de los artistas de acuerdo a ideas y creencias de tal o cual civilización, de modo que se quedara con la idea de que el arte egipcio es un arte determinado por el peso de la religión, pensado para la eternidad, y, en el caso de las tumbas (pirámides) para los faraones y los templos (lugares de culto), eran de enormes dimensiones en comparación con la proporción de un cuerpo humano y contruidos con materiales duraderos como la piedra; de ahí la necesidad de momificar, poner en sarcófagos, preservando los cuerpos e imágenes en su trayecto al más allá, donde, de acuerdo a sus creencias, hay vida después de la muerte. No fue capaz de entenderlo, él deseaba saber metros y centímetros de las construcciones y, por no saber el dato, prefirió acusarme. Obviamente no pasó de ahí, el jefe me hizo notar la queja, como era su obligación, pero le expliqué y entendió que la queja del alumno era un sinsentido. ¡Gajes del oficio!

Otra anécdota es la de un salvamento, podríamos decir, pues me sentí en peligro amenazado por un alumno. Posiblemente fue en el año 2013, en la planta alta del edificio 8 del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, en el Departamento de Historia. Sucede que un alumno de la licenciatura en Historia se dirigió a mi cubículo. Yo le explicaba las razones por las cuales había reprobado la materia que le impartía en ese semestre. Sin embargo, el alumno no escuchaba o no quería escuchar, pues repetía una y otra vez que él había trabajado y no era posible que hubiese resultado reprobado; me esmeraba en explicar, de acuerdo con la dinámica del curso y elementos de evaluación, que sus esfuerzos eran insuficientes y no le alcanzaba para aprobar. De repente, el alumno avanzó hacia mí, empuñaba un lápiz o un bolígrafo y parecía dispuesto a atacarme, pues rodeó el escritorio. Yo, un tanto asustado y sin saber bien a bien qué



hacer, le pedí varias veces al muchacho que retrocediera, pero éste no hacía caso. Ante lo apremiante y delicado de la situación, Susan López, nuestra secretaria, que desde su escritorio se percató de la situación, se dispuso a intervenir, caminó con rapidez y decisión hacia el cubículo y en voz alta le exigió al alumno que se fuera; el tono categórico con el que le habló surtió el efecto deseado. El muchacho se desconcertó, retrocedió, salió del cubículo y se marchó del edificio para no volver más por allí. Fue así como Susan me salvó de un posible ataque de parte de un alumno que, ante la frustración de haber reprobado una materia, pudo haber cometido una locura. Claro que yo hubiese reaccionado de una u otra manera para “salvar mi pellejo”, pero nunca se sabe. Luego nos enteramos que el chico seguido llegaba intoxicado, había tenido problemas de diversa índole con sus compañeros de clase, con varios profesores y profesoras. No concluyó sus estudios, pues reprobó muchas materias.

En el 2017 obtuve una gran satisfacción al resultar ganador del Premio Universitario al Mérito en Investigación Área Sociales y Humanidades, Artes y Cultura, en la categoría de investigador avanzado. Este reconocimiento me significó nuevos retos para seguir esforzándome día a día, no sólo en tareas investigativas, sino también en la docencia habitual; espero seguir contribuyendo con investigaciones de calidad, originales y con el rigor científico necesario que exige el CONAHCYT. Otro enorme motivo de orgullo es que en julio de 2019 fui postulado para ser Miembro Corresponsal Nacional en el estado de Aguascalientes de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid A. C. Daré mi discurso de ingreso a finales de septiembre de 2023, mismo que será contestado por el doctor Javier Garciadiego Dantán, presidente de la AMH, en el marco del Seminario de Historia Regional, en la UAA.

Estoy muy agradecido con la universidad por los apoyos. Es sumamente importante contar con auxiliares de investigación que nos apoyan en una y mil tareas; agradezco el compromiso y entrega de Daniela Michelle Briseño Aguayo y Miguel Ángel Lozano Ángeles, y anteriormente a Jimena Saldaña Ángeles, Alain Luévano y Marcela López Arellano. Sin ellos, mi productividad sería

mucho menor. De igual manera, he contado con la ayuda de no pocos instructores beca a lo largo de los últimos años, siendo invaluable la ayuda de Ana Victoria Velázquez (ahora en la Bóveda Jesús F. Contreras), Laura Olvera Trejo (ahora estudiante en la МIСYH), Francisco Manuel Reyes Martín y Argelia Beatriz Gutiérrez Navarro (estudiantes de licenciatura), por no citar sino unos cuantos.

En cuanto a estancias de investigación, gracias a los años sabáticos por contrato colectivo de trabajo o bien a ciertas coyunturas, he hecho en universidades de España (Alcalá de Henares en 1997, que ya mencioné; Jaume I en Castellón, en 2017, en el Departamento de Historia, Geografía y Arte de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, con el grupo de investigación Iconografía e Historia del Arte, donde desarrollé y expuse el tema de la historia de la enseñanza del dibujo en México y los procesos de institucionalización a partir de la academia de Aguascalientes en el siglo XIX) y en centros de investigación de Argentina (en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales Conicet, en Mendoza, 2012, desarrollé el tema de la historia de la vitivinicultura y la Feria de la Uva en Aguascalientes durante el siglo XX). Experiencias formativas que posibilitan el intercambio de ideas con colegas de otros países, compartir resultados de mis investigaciones y aprender de las de ellos.

Ante la falta de plazas en las instituciones de educación superior, el CONACYT ha implementado un programa de estancias posdoctorales. He tenido oportunidad de ser receptor y responsable de tres: María Luisa González Aguilera, de Guadalajara, con un proyecto sobre performance de un artista contemporáneo, entre 2015 y 2016; Dulce María Pérez Aguirre, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, con un proyecto sobre el artista español José Renau y su obra mural en la República Democrática Alemana, entre 2020 y 2021; y María del Rosario García Chávez, de la Universidad Autónoma de Zacatecas, con un proyecto sobre comunidades cinematográficas y espectadores de cine, de 2021 a la fecha. Nuevos aprendizajes y más responsabilidades también, pues hay que rendir cuentas de sus avances ante las instancias correspondientes.

Cuando llegué a la Universidad Autónoma de Aguascalientes, a finales de la década de los ochenta, yo tenía 25 años de edad y la institución tenía escasos quince años de fundada; ambos éramos jóvenes. La UAA, que hunde sus profundas raíces y se remonta a los antecedentes decimonónicos, ha pasado por una serie de etapas y tiene bases firmes, sigue siendo joven, moderna y vigorosa. Tocó a mi generación dar continuidad, recoger los frutos maduros; la UAA siempre ha planificado, tiene puesta la mirada en el presente, pero proyectada hacia el futuro. Trabajar en ella, estoy convencido, es un verdadero privilegio.

Sin embargo, y aquí quiero hacer una crítica constructiva a la institución, hace falta un relevo generacional y habrá problemas a mediano plazo. Son varios los profesores e investigadores que se han jubilado en fechas recientes (de tiempo completo: Laura Dávila Díaz de León, José Antonio Gutiérrez, Yolanda Padilla Rangel, Benjamín Flores Hernández, Carlos Reyes Sahagún y Enrique Rodríguez Varela; de asignatura: Helio de Jesús Velasco Rodríguez, mejor conocido como “La Pantera”, cuyo trabajo principal estuvo en la Universidad Pedagógica Nacional). No tardamos en irnos Andrés Reyes Rodríguez, Jesús Gómez Serrano, Alfredo López Ferreira, Víctor Manuel González Esparza y quien esto escribe. Les quedan algunos años más de vida laboral a Rodrigo Alejandro de la O Torres (profesor investigador de tiempo completo), a Edna Elizabeth Meza Pavía (medio tiempo), así como a Mauricio González Esparza, Miriam Herrera Cruz y Paula Leticia Ventura Torres (profesores de asignatura numerarios). Es preciso llegue sangre nueva; profesionistas bien formados y habilitados que refuercen y revitalicen la vida académica, que están en espera de una oportunidad.

No quiero verme catastrofista, pero ¿qué pasará en unos años con el Departamento y la licenciatura en Historia? Asimismo, ¿qué sucederá con los dos cuerpos académicos de historia existentes (el de “Historia Regional de Aguascalientes”, nivel consolidado, y el de “Historia de la Cultura, la Sociedad y las Instituciones en México”, nivel en consolidación), los seminarios y coloquios (el “Seminario de Historia Regional” que cumplirá 15 años y el de

“Genealogía e Historia de Familia” que va por su octava edición), organizados cada año, ¿cómo se mantendrá la membresía de sus integrantes en el Sistema Nacional de Investigadores?, ¿y el apoyo que el área de historia brinda impartiendo cursos y dirigiendo tesis en los posgrados del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades? Dudo mucho que con sólo profesores de asignatura se puedan enfrentar los múltiples y complejos compromisos y mantener los indicadores que se requieren a nivel institucional. Tal como estamos ahorita, hay cuestiones que a duras penas subsisten y se mantienen, y si no se reemplazan las plazas de tiempo completo que se han ido con los jubilados, la situación será insostenible y de pronóstico reservado.

Hemos tenido alumnos muy destacados en nuestra licenciatura que se fueron a hacer posgrados en instituciones de reconocido prestigio y ahora trabajan en instituciones importantes. “Por sus frutos los conoceréis”, y vaya que son brillantes y productivos en el terreno de la docencia y la investigación. Esos exalumnos ahora son nuestros colegas: Francisco Javier Delgado Aguilar, ahora en la Universidad de Colima; Lourdes Calíope Martínez González, quien vuela alto en el Archivo Histórico del Instituto Cultural de Aguascalientes y como profesora de asignatura en la UAA; Gerardo Martínez Delgado, en la Universidad de Guanajuato; Vicente Agustín Esparza Jiménez y Christian Medina López Velarde, en el Centro del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) Aguascalientes; Juana Gabriela Román Jácquez, en la Universidad Autónoma de Colima y Universidad Iberoamericana. Tristemente, otros egresados, aunque brillantes, no han conseguido posicionarse en instituciones de educación superior, como es el caso de Evelia Reyes Díaz, Juan Luis Delgado Macías, Alain Luevano Díaz y muchos más, aunque se ganan la vida dando clases, trabajando en los periódicos y otros medios masivos de comunicación, en archivos, bibliotecas e instancias gubernamentales, tanto en la ciudad capital como en los municipios, incluso en otros estados de la República.

Respecto a los posgrados, igualmente egresados del Doctorado en Estudios Socioculturales: Sergio Vargas Matías ha logrado posicionarse como investigador de tiempo completo en la Universidad de

Sonora; por su parte, Gabriela Itzagueri Mendoza Sánchez trabaja como auxiliar de investigación en la UAA; mientras que Marco Antonio García Robles se mueve entre el activismo y la academia, estando ahora mismo de estancia posdoctoral en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Egresados de la Maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas, a quienes les dirigí la tesis: Claudia Georgina Chávez Cabral trabaja en el INEGI, al igual que Jorge Alejandro Cardona Félix (un tiempo estuvo en la Bóveda Jesús F. Contreras de la UAA); Lourdes Adriana Paredes Quiroz, como docente de asignatura en la UAA; Adriana Reynoso Chequi, monta cursos y diplomados de historia y humanidades que, entiendo, son muy exitosos y atractivos para un sector específico de la sociedad.

Nuestra institución tiene rumbo y plan definido que todavía nos emociona y nos atrae, nos conmueve y nos invita. Espero también que subsista muchos años más el Departamento y la carrera de la licenciatura en Historia. Hace falta seguir reflexionando y discutiendo sobre el pasado, comprenderlo para poder explicar el presente. Eso hacemos los historiadores y somos necesarios en la sociedad y, desde luego, en las universidades; no podemos ni debemos permitir se nos ignore y se nos deseche, pues ya se ha invertido mucho en nosotros y tenemos que devolverle a la sociedad y retribuirle. A todos y cada uno puede significarnos cosas distintas laborar en el Departamento de Historia, lo entiendo. A mí, por ejemplo, me significa la oportunidad de hacer lo que me gusta: enseñar, investigar, generar conocimiento histórico y difundirlo; también un compromiso y responsabilidad social. Significa, para mí, haber gozado, también haber sufrido; en suma, haber vivido. Y espero se prolongue unos años más mi vida académica, mientras me duren las fuerzas y los ánimos de seguir aprendiendo y compartiendo; esto es, aportando mi granito de arena.